

[ARTÍCULO]

La virtud del fragmento. Sobre aforismos y su valor formativo

Ricardo López Pérez

Universidad de Chile

Email de contacto: rilopez@uchile.cl

Martín Saavedra Campos

Universidad de Chile

Email de contacto: m.saavedrac@uchile.cl

Recibido: 28 de enero, 2026

Aceptado: 10 de marzo, 2026

Publicado: 31 de marzo, 2026

Resumen

Este artículo trata del aforismo y a su manera adopta un registro aforístico. No cabe insistir en que se inscribe en el universo amplio y diverso del ensayo. El aforismo es un fragmento, un trozo independiente, que invariablemente y sin proponérselo, se vincula con una totalidad mayor. Es la expresión breve, a veces brevísima, de una idea o una toma de posición sobre asuntos de distinta naturaleza. Equivale a una forma de pensar. Un texto corto, cuya virtud no está en la descripción, sino en su capacidad de capturar la atención, desafiar y provocar. Se lo asocia con frecuencia con una sabiduría concentrada, a la mano, económica, disponible para cualquiera con disposición para un pequeño esfuerzo. Aforistas y aforismos abundan desde tiempos remotos, lo mismo que recopiladores, coleccionistas y divulgadores. Al margen de su brevedad, su condición formal más saliente, el aforismo adopta ropajes múltiples, ofreciendo oportunidades en distintos planos. En una de sus dimensiones, cuando consigue atraer al lector, posibilitando una contemplación, una reflexión y una crítica, una mirada sobre sí mismo y su mundo, adquiere un carácter formativo. Aun en términos muy parciales, dejando de lado aspectos de tipo informativo, su condición ornamental, su rol de acompañamiento y condimento; el aforismo se asocia con la búsqueda del sentido, la creación de una conciencia y el surgimiento de un pensar autónomo. Sin caer en exageraciones, atribuyéndole cualidades que lo sobrepasan, el propósito es delinear un lado menos reconocido del aforismo.

Palabras clave

Aforismo; Formación; Pensamiento; Sabiduría; Reflexión; Sentido.

Abstract

This article addresses the aphorism and, in its own way, adopts an aphoristic register. It belongs to the broad and diverse universe of the essay. The aphorism is a fragment, an independent piece, that invariably, and without intending to, links itself to a larger totality. It is the brief expression, at times exceedingly brief, of an idea or a stance on matters of varying natures. It is equivalent to a way of thinking. A short text whose virtue lies not in description, but in its capacity to

**The Virtue of the Fragment:
On Aphorisms and Their
Formative Value**

Cómo citar este artículo:

López, R. y Saavedra, M. (2026). La virtud del fragmento. Sobre aforismos y su valor formativo. *Revista Chilena de Semiótica*, 23 (6-26).

capture attention, challenge, and provoke. It is frequently associated with a concentrated, ready, and economical wisdom, available to anyone willing to make a small effort. Aphorists and aphorisms have abounded since ancient times, as have compilers, collectors, and disseminators. Beyond its brevity, its most salient formal condition, the aphorism adopts multiple guises, offering opportunities on different levels. In one of its dimensions, when it succeeds in attracting the reader and enabling contemplation, reflection, and critique, a gaze upon oneself and one's world, it acquires a formative character. Even in very partial terms, leaving aside informative aspects, its ornamental condition, and its role as accompaniment or seasoning, the aphorism is associated with the search for meaning, the creation of a conscience, and the emergence of autonomous thinking. Without falling into exaggeration or attributing to it qualities that exceed it, the purpose here is to delineate a less-mentioned side of the aphorism.

Keywords

Aphorism; Formation; Thought; Wisdom; Reflection; Meaning.

Primera aproximación

El poeta Hesíodo, cuya fecha de nacimiento es incierta, pero ubicable en el paso de los siglos VIII y VII aC, dejó dicho en su poema *Trabajos y días* que con frecuencia lo menos puede ser mejor. En tono enérgico exclama: “¡Necios, no saben cuándo más vale la mitad que el todo ni que gran riqueza hay en la malva y el asfódelo!” (*Trabajos*, 35). Estas últimas son plantas silvestres, muy modestas, pero que servían de alimento para los pobres y como sustituto del pan. No teniendo nada más para llevar a la boca, estos tallos y granos, disponibles generosamente, regalo de la tierra, al alcance de la mano, podían ser un verdadero manjar.

Hay aquí un juego de lenguaje y una provocación; en cierto modo un oxímoron. Una invitación a considerar una mirada fuera del sentido habitual, a romper una estructura, acercarse a un nuevo significado. Algo contraintuitivo: que una parte, por ejemplo, un fragmento, pueda ser más y mejor que una totalidad. Hesíodo no afirma que la parte puede reemplazar al todo o que puede ocupar su lugar, sino que, por su brevedad, precisamente, puede reflejar algún valor que de otro modo permanecería oculto. De manera homologable, el filósofo coreano Byung-Chul Han, de gran nombradía en la actualidad, ha llegado a decir que no es necesario escribir un libro de mil páginas cuando se puede iluminar el mundo en pocas palabras.

¿Podrá ser esta una buena manera de presentar el aforismo? Algo pequeño, un texto breve, que a pesar de esta condición encierra mundos sin término y significados inacabados. Especialmente cuando unos aforismos se cruzan con otros, cuando se topan, se oponen, se complementan, se reflejan. Pregunta Martín Hopenhayn: “¿Por qué el fragmento? Porque nunca avisa cuándo aparece y cuando aparece es siempre aviso de algo que está más allá. (...) Porque se han visto fragmentos minúsculos iluminar noches de temblor mayúsculo” (2013: 171).

En concreto, algunos ejemplos brevísimos: “Dios ha muerto” (Friedrich Nietzsche); “Mi obra más importante es mi vida” (Simone de Beauvoir); “Todas las verdades se topan” (Andrés Bello); “Nada es aprobado totalmente salvo la mediocridad” (Pascal); “Quien no se mueve, no siente las cadenas” (Rosa Luxemburgo); “Busca la simplicidad, pero desconfía de ella” (Alfred Whitehead); “Existir es, en parte, resistir” (Josep María Esquirol); “Donde no hay voluntad no hay camino” (George Bernard Shaw); “No vemos las cosas tal como son, las vemos como somos” (Anaïs Nin); “Hay quien cruza el bosque y sólo ve leña para el fuego” (León Tolstoi); “La casualidad sólo favorece a los espíritus preparados” (Louis Pasteur); “Utiliza la razón mientras estés a tiempo” (E. M. Cioran); “Todos los hombres tienen opiniones, pero pocos hombres piensan” (Berkeley); “Un libro que no contuviese mentiras sería un libro curioso” (Napoleón); “Dos peligros amenazan sin cesar al mundo: el orden y el desorden” (Paul Valéry); “El pasado no lleva hacia atrás, sino que impulsa hacia adelante” (Hannah Arendt); “En tiempos de crisis la imaginación está por encima del conocimiento” (Albert Einstein); y “El amor compartido muere por saciedad: el no compartido por inanición” (Lou Salomé).

Tres ejemplos más extendidos, de muy distinta naturaleza. El primero: “De todos los bienes, el más deseable para los habitantes de la Tierra es no haber nacido, es decir, no haber visto jamás los resplandecientes rayos del sol. Y caso de haber nacido, lo deseable es franquear cuanto antes las puertas del Hades para descansar profundamente sepultados en la tierra” (Teognis de Mégara). Segundo: “Y quizás estén más emparentados los sexos de lo que se piensa, y la gran renovación del mundo quizá consista en que el hombre y la mujer, liberados de todos los sentires erróneos y desganas, no se buscarán como opuestos, sino como hermanos y vecinos, y se reunirán como personas, para llevar simplemente en común, serios y pacientes, el pesado sexo que les está impuesto” (Rainer María Rilke). Tercero: “Se ha legislado para los ojos, lo que deben y no deben ver; para las orejas, lo que deben y no deben oír; para la lengua, lo que debe y no debe decir; para las manos, lo que deben y no deben hacer; para los pies, los lugares a donde deben o no deben ir; para el espíritu, lo que debe y no debe desear. Pero no hay más afinidad o parentesco con la naturaleza en aquello de lo cual las leyes nos alejan que en aquello hacia lo cual nos empujan; lo que es de la naturaleza es vivir y morir; pero vivimos de lo que es nuestro interés y morimos de lo que no lo es” (Antifón de Atenas).

El principio general es que se puede estar de acuerdo o disentir; se puede aprobar o rechazar; aplaudir o cuestionar. Pero no cabe censurar. Bakunin ya lo dijo: “Prohibido prohibir”. Ante todo, lo importante es situarse de manera reflexiva y razonada. El aforismo suele hacer afirmaciones atrevidas, pronunciamientos sin fundamento a la vista, otras veces consejos no solicitados, (muchas veces trivialidades, es así); pero allí está su virtud, a condición de no cerrar el espacio para una reformulación. Todo consiste en detenerse a pensar, incluida la confrontación. Una quietud para producir movimiento; como quiera que sea, el pensamiento abre recorridos, esa es su vocación.

Se trata de un género que tiene un perfil propio. En modo alguno debiera reducirse a un divertimento, a una afición intelectual de categoría

menor o a una cuestión subordinada. Agudeza y concisión, ciertamente, pero mucho más que eso.

Aspectos biográficos del aforismo

En el orden de la precedencia, es común nombrar a Hipócrates como autor de los aforismos más antiguos. Miguel Ángel Garrido, director del *Diccionario español de términos literarios internacionales*, señala que esta denominación se inaugura en el ámbito de la Medicina, considerando la existencia de unos seiscientos aforismos principalmente referidos a los temas de salud y enfermedad, y en menor medida a cuestiones existenciales.

Este *Corpus Hippocraticum* incluye consejos y advertencias, y, de manera muy señalada, un marcado elogio de la Medicina. Algunos ejemplos: “El vino quita el hambre”; “Lo que los medicamentos no sanan lo cura el hierro, lo que no cura el hierro, el fuego lo cura; lo que no cura el fuego, debe considerarse incurable”; “Signo mortal es que se halle el testículo derecho frío y convulso”; y “Es en extremo conveniente que el médico se aplique a pronosticar con acierto”.

Todo esto ocurría en Grecia hacia el siglo V aC. Esta fecha, sin embargo, nos indica que hay antecedentes en esta materia. Ya en el siglo VI aC sabemos de la existencia de los *siete sabios*, que dejaron un centenar de aforismos de singular valor. Estos personajes, que según los datos disponibles pueden sumar más de siete, comparando los nombres de los distintos listados, comenzando con el que aporta Platón en el *Protágoras*, permanecen en el misterio debido a la escasa información. Con la excepción de Solón y Tales, los restantes son brillantes desconocidos.

La filosofía griega consagró una distinción entre una sabiduría teórica o contemplativa (*sophia*) y una sabiduría práctica (*phronesis*). Un aspecto medular de esta última consiste en mantener una constante apertura hacia el saber, en la convicción de que éste siempre será incompleto y falible, lo que obliga a mantener un equilibrio entre la certeza y la duda. Una persona sabia en sentido práctico se caracteriza por un funcionamiento intelectual superior, junto con una capacidad para anticipar acontecimientos, desarrollar juicios contextualizados y reflexionar buscando beneficiarse de los errores. Esta sabiduría suele expresarse en afirmaciones de carácter excepcional acerca de aspectos problemáticos de la experiencia, mostrando una comprensión amplia de muchos elementos involucrados, especialmente cuando se trata de asuntos para las que no hay soluciones consagradas.

A comienzos del siglo VI aC, aparece este grupo de pensadores que la tradición posterior nombró como los siete sabios. Provenían de distintas ciudades y, según parece, desarrollaron algunos intercambios ocasionales. Encarnaban, precisamente, un tipo de inteligencia práctica al servicio de la comunidad. Representaron una sabiduría vital en una cultura mayormente ágrafa. Ante todo, fueron hombres que pusieron su conocimiento al servicio de la comunidad, bajo la forma de asertivos consejos. Su sabiduría quedó plasmada en máximas breves, muchas de las cuales estuvieron anotadas en las paredes del templo de Apolo en Delfos (García Gual, 1989). Únicamente

como ejemplo: “Conócete a ti mismo”, “No permitas que tu lengua se anticipe a tu pensamiento”, (Quilón de Esparta); “Sella tus palabras con el silencio, y el silencio con la oportunidad”, “Deduce lo invisible de lo visible”, (Solón de Atenas); “Todo con medida”, “No embellezcas tu aspecto, sé hermoso en tus actos”, (Tales de Mileto); o “La precipitación es resbaladiza”, “La democracia es mejor que la tiranía”, (Periandro de Corinto).

Estas máximas relacionaban lo particular con lo general, frecuentemente como exhortación o como enseñanza. Estaban referidas principalmente a la vida personal, pero también a la actividad política. Mucho antes de que el saber se volviera abstracto y discursivo, estos sabios aportaron un sentido de la medida, advirtieron contra las ilusiones ingenuas y la confianza sin fundamento; y aconsejaron la cautela, la moderación y la reserva.

En este ambiente cultural, poco después, Aristóteles recomendaba el uso de máximas, que, en virtud de su uso habitual, por ser justas, provocan acuerdo. Con frecuencia recurría a ellas en sus lecciones. Este interés lo llevó a desarrollar una compilación conocida con el nombre de *Paroimíai*, que constituye el primer refranero conocido.

Por esa fecha, también en la tradición China se observa una sabiduría expuesta con gran economía de palabras. Confucio, un pensador mesurado y de gran equilibrio, jamás quiso ofrecer nuevas opiniones, sino sin pretensión, retomar y proyectar el saber heredado. Viejos pensamientos, con la virtud de la actualidad permanente. Como este: “Un hombre se define por sus errores. Observa éstos y lo conocerás” (1997: 65). Se conservan numerosos aforismos de Confucio, publicadas con el título *Analectas*. Todos ellos expresión de una sabiduría reposada y profunda, escritos en la convicción de que siempre se puede obtener una nueva enseñanza de los saberes tradicionales. Fue este autor quien muy temprano en la historia, en el siglo V aC, pero ya en la era axial, estableció la regla de oro de la convivencia. Reiteradamente, una y otra vez, vuelve sobre el mismo asunto: “No impongas a los demás lo que no deseas para ti mismo. Este es el único hilo que recorre toda enseñanza y que debería practicarse día y noche” (libro 12: 12.1); “Zigong preguntó: ‘Existe alguna frase sobre la que pueda actuar todos los días, en todo momento’. El Maestro dijo: ‘Nunca hagas a otros lo que no te gustaría que te hicieran a ti’ (libro 15: 15.27).

Para Confucio la clave de la convivencia se resume en una sencilla palabra: reciprocidad. Más adelante, a lo largo de los siglos, esta discreta formulación tendrá numerosas versiones, dejando ver su infinita profundidad. Desde distintas perspectivas, comprometiendo a personajes de perfiles muy variados, la razonabilidad que posee muestra un magnetismo evidente.

Se pueden encontrar versiones desde el *Antiguo Testamento*, Platón, Epicuro, el sabio judío Hiller, Jesús, Buda y Mahoma, hasta Kant, Gandhi, John Rawls o Hans Jonas.

La difícil conceptualización

Si se aspira a un concepto, las cosas no son fáciles. Nada nuevo hay en decir que una definición unívoca es poco probable, como ocurre con la mayoría de los vocablos que no sean estrictamente técnicos. Mucho más en este caso, cuando hay una historia larga, y una familia numerosa con parientes cercanos muy competitivos. En materia de etimología es seguro decir que proviene de una voz griega asociada a deslinde, separación y límite, pero a continuación las referencias son variadas.

Por de pronto hay palabras como *adagio*, *dicho*, *proverbio*, *máxima*, *apoteagma*, *paremia*, *epigrama*, *parábola*, *emblema* o *sentencia*. Todas ellas se diferencian y se confunden. En medio de esta diversidad, Erasmo de Rotterdam, por ejemplo, prefirió *adagio*, por parecerle que tiene una mayor riqueza de contenido, y porque es una obra abierta sujeta a revisiones y ampliaciones. Baltasar Gracián, en cambio, se inclinaba por *aforismo*, porque recoge algo del tono imperativo del *apoteagma*, y del didactismo de los proverbios. Entre las palabras mencionadas, algunas de ellas corresponden más a un consejo o derechamente a una imposición, como *parábola* o *sentencia*. Otras son descriptivas, a veces meramente recordatorias, algo como un saber congelado, como en *apoteagma*, *dicho* o *refrán*. La palabra *máxima*, cercana a regla o norma, tiene a su favor una respetabilidad ganada gracias a la literatura dedicada a los *siete sabios*.

Con todo, *aforismo* es sin duda el vocablo que tiene mayor presencia en la literatura contemporánea, con grados variables de polisemia y dispersión. Con buenas razones, discutibles todas ellas, este es el vocablo que mejor refleja una proyección en el plano formativo.

En un primer esfuerzo para una definición, el clásico *Vocabulario técnico y crítico de la Filosofía*, de André Lalande, dice: "Proposición concisa que encierra mucho sentido en pocas palabras". En *The Oxford Book of Aphorisms*, leemos: "El aforismo es siempre disruptivo o, si se quiere, es una máxima subvertida". En tanto que el *Diccionario español de términos literarios internacionales*, propone: "El aforismo es un texto breve, agudo e independiente que acrisola una reflexión sobre la existencia humana". Finalmente, el *Diccionario del diablo* de Ambrose Bierce, publicado originalmente en 1906, nos dice: "Sabiduría predigerida".

Algunos elementos son obligados: sin duda la brevedad. Muchos aforismos tienen una frase, otros apenas un párrafo corto, y sólo en algunos casos una extensión mayor, generalmente no demasiado. Luego, su carácter desafiante; una invitación al pensamiento y una evidente riqueza en materia de significados. Eso no es todo. El aforismo es aproximación y provocación, pero, más aún, es una forma de pensar, en donde lo que se dice es importante tanto como lo que se omite. Por ello Emilio Rivano indica que el aforismo supone no sólo una voluntad de síntesis, sino también una forma elíptica y entimemática (2012: 7).

Con Nietzsche asistimos a un extenso y complejo pensamiento expresado especialmente en aforismos, como puede leerse en *Humano, demasiado humano* (1878) o *Aurora* (1881). Una filosofía sin autoengaño, sin verdades artificiales, destinada para "espíritus libres". Advierte el autor, en el

primero de estos libros: “Pero todo ha devenido; no hay datos eternos, lo mismo que no hay verdades absolutas. Por eso en adelante es necesario el filosofar histórico y con éste la virtud de la modestia”. Fernando Sabater interpreta que Nietzsche “inventa la brevedad contra el Sistema” (1995: 27). De manera que la brevedad no es inofensiva, tampoco es neutra o ingenua. Si parece un dato formal, sin otro significado, eso es únicamente en la superficie. La brevedad muestra y también esconde; es en sí misma un modo de proponer.

Todavía en el campo de la filosofía, es obligado mencionar también al filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein. Este pensador, de gran notoriedad e influencia desde la primera mitad del siglo XX, escribió sólo en aforismos. Tanto el *Tractatus logico-philosophicus* (1921) como las *Investigaciones filosóficas* (1953), e incluso su texto final *Sobre la certeza* (1969), están escritos con aforismos de principio a fin; y emplean un método en el cual cada sentencia se encadena con las restantes bajo una rigurosa coherencia lógica. En el primero de estos libros, por ejemplo, se explora, y eventualmente se resuelve, conforme al autor, la difícil cuestión del vínculo entre el lenguaje y la realidad. En el texto pueden leerse frases que han ganado un lugar distintivo en los intercambios filosóficos: “De lo que no se puede hablar, es mejor callar”, y “Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo”.

Es inhabitual que el aforismo y el sistema estén hermanados. Lo que en Nietzsche aparece como una divergencia (el aforismo en oposición al sistema), en Wittgenstein toma la forma de una convergencia, en donde cada aforismo, puesto deliberadamente en un lugar del espacio retórico, termina siendo una parte obligada de un sistema lógico mayor. Esta situación es extraordinaria en el campo de la filosofía, pero no está completamente ausente.

Se puede mencionar también la *Ética* de Spinoza, cuyo título completo es *Ética demostrada según el orden geométrico*. Este libro, lleno de magníficos aforismos, está escrito según un estricto orden de razones, con definiciones, axiomas, postulados, lemas, proposiciones y escolios. Un sistema férreo, que esconde aforismos como este: “Así pues, queda claro, en virtud de todo esto, que nosotros no intentamos, queremos, apetecemos ni deseamos algo porque lo juzgamos bueno, sino que, al contrario, juzgamos que algo es bueno porque lo intentamos, queremos, apetecemos y deseamos” (Parte tercera, proposición IX).

Independientemente de estas situaciones, el aforismo tiende a escapar de las ataduras. Lo observamos en un autor de la categoría de Ernesto Sábato. Este escritor argentino, publicó en 1945 *Uno y el universo*, que alcanzó el reconocimiento en un escenario previo al boom latinoamericano. En este pequeño texto se reúnen fragmentos que se presentan como resultado de un camino personal: “Este libro es el documento de un tránsito y, en consecuencia, participa de la impureza y de la contradicción, que son los atributos del movimiento. Imagino la irritación que producirá a los fanáticos del sistema, que tienen la curiosa pretensión de ser propietarios de la Verdad” (1969: 15).

El aforismo es la contracara del discurso, y está a la vista que encarna una renuncia a la voluntad de sistema y al afán de totalidad. (Por cierto, por

estas razones Hegel no lo valoraba). Como compensación a esta brevedad, a esta prosa inquieta, la técnica aforística se adapta bien al propósito de presentar varios niveles de conciencia simultáneos, porque no aspira a fijar una verdad definitiva. Su vocación es provocar más que imponer; bosquejar posibilidades sin clausurar la discusión. El aforismo ofrece enfoques, muestra, apunta, sugiere interpretaciones, aproxima, en un movimiento sin límites.

El aforismo y sus lectores

Por su misma definición, al aforismo le resulta extraña una vocación misionera o militante; pero, nuevamente, hay excepciones: Tolstoi cultiva un afán moralizante bastante marcado. No es esta, sin embargo, su característica fundamental, ni la más extendida. Baltasar Gracián lo enfatiza en su estilo: “Insufrible necio el que quiere regular todo objeto por su concepto. No dependen las perfecciones de un solo agrado: tantos son los gustos como los rostros, y tan varios” (aforismo 101).

En lo fundamental, el aforismo niega el cierre de la conciencia, renuncia al sistema y rechaza cualquier forma de totalización. En esta conceptualización (y sólo en esta) el aforismo tiene un claro sentido formativo. Cuando el aforismo se acerca al discurso, arriesga perder su identidad.

Se trata de fragmentos, pero es interesante entender que ningún fragmento escapa plenamente de algún conjunto mayor. Roger Chartier, estudioso de la escritura y la lectura, en *El orden de los libros*, ha dicho que un fragmento siempre supone una totalidad a la cual pertenece. Esto tiene al menos dos planos: por una parte, la totalidad originaria de la cual fue extraído; y, por otra, una voluntad para darle un nuevo uso o llevarlo a otro contexto. Importa entonces la capacidad del lector para apropiarse de un elemento y luego conectarlo, transformarlo o situarlo en otro ambiente intelectual.

Un aire paradójico golpea sobre el aforismo. Una parte definida de su identidad descansa en su condición de fragmento, y la independencia que así obtiene; pero es evidente que la mayor riqueza de los significados que encierra se despliega cuando se vincula o se opone, no en estado de aislamiento. Este es un contrasentido, pero podría ser una ganancia conforme a Emil Cioran, aforista el mismo: “Donde aparece la paradoja, muere el sistema y triunfa la vida” (2006: 19).

Chartier agrega que la “lectura, por definición, es rebelde y vagabunda”. Siempre un texto apunta a instaurar un orden, sea el que impone su desciframiento, los modos de comprensión exigidos, sea el orden deseado por la autoridad que lo ha autorizado: “No obstante, este orden en sus múltiples figuras no es omnipotente para anular la libertad de los lectores”. Los lectores son viajeros que circulan por tierras ajenas, arrebatando tesoros que hacen propios. El lector es un “cazador furtivo” (2007:20). Lo cierto es que un texto y su contexto no existen sin un lector.

Coleccionar, atesorar y divulgar aforismos es una cuestión con larga historia, y bastante extendida. En ningún caso se reduce a una especial práctica ligada a profesionales del pensamiento. Personas muy distintas unas

de otras han tenido esta inclinación, (hasta Julio César tuvo su colección de aforismos).

En el siglo XII, el gran maestro Pedro Abelardo produjo varios documentos con pasajes seleccionados de distintos textos, con citas y opiniones. La idea era preservar un legado que consideraba valioso, en especial para la práctica docente, por su capacidad para abrir espacios para comentarios y críticas. Así lo hizo en su obra *Sic et non* (Si y no), con sentencias de filósofos, teólogos y Padres de la Iglesia, pero no como simple colección, sino como ocasión para establecer cuestionamientos y disensos.

Erasmus de Rotterdam, maestro humanista y pacifista convencido, escribió alguna vez: “La guerra es dulce para quien no la ha probado”. Publicó en 1536 la edición final de una extensa colección comentada de proverbios grecolatinos, con el título *Adagia*. Inicialmente fueron anotaciones para sus clases de retórica, pero luego convertidas en libro alcanzaron gran venta en el Renacimiento. Una obra reveladora de sus lecturas, sus influencias, a la vez que un aporte generoso para un público interesado en un acercamiento a una larga sabiduría repartida en textos poco accesibles. Subrayaba: “Si el adagio nos parece una minucia sin importancia, recordemos que lo estimable en él no es su porte sino su valor. Pues, ¿qué persona en sus cabales no preferiría los diamantes, a las rocas, por grandes que sean?” (2008: 80).

Los ejemplos se multiplican y no es posible enumerarlos todos. Tampoco es posible rendir un mínimo homenaje a cada aforista. Un caso obligado es el de Baltasar Gracián, y su libro *Oráculo manual y arte de la prudencia*, publicado en 1847, con trescientos aforismos de similar extensión. Gracián, religioso jesuita español, abandonando su forma habitual de trabajo, produce aforismos de fina ironía y perspicacia, elegantes y de gran cultura. Su condición de hombre de iglesia no impide una escritura sin atención a cuestiones dogmáticas; y más bien centrada en dilemas éticos y reflexiones ligadas a la vida cotidiana, que aún pueden leerse con provecho. Su texto alcanzó varias ediciones en distintos idiomas (italiano, francés y alemán), e influyó sobre diversos pensadores como Voltaire, Pascal, Goethe, Schopenhauer y Nietzsche. Uno de estos aforismos, que bien podría ser una carta de presentación de esta sabiduría concentrada, presente contemporáneamente en la conciencia de muchos, aun sin saber de su autor, es el siguiente: “Lo bueno, si breve, dos veces bueno; y aun lo malo, si poco, no tan malo” (aforismo 105).

Sabemos que el filósofo francés Michel de Montaigne, creador del método del ensayo, amante de la libertad como pocos, con suficiente decisión como para afirmar que “no hay moral absoluta”, tenía un lugar de trabajo aislado de la casa principal. Allí tenía su biblioteca que sumaba unos mil volúmenes. Un espacio sencillo, con una mesa, un atril y un cómodo sillón. En las vigas de este refugio se pueden leer cincuenta y cuatro aforismos escritos en latín y griego. Este pensador escéptico del siglo XVI no escribe sus ensayos en el vacío, sino bajo la mirada silente de viejos maestros (2008).

De vuelta con la historia y sus personajes

Robert Darnton, historiador del libro, en *Un himno al papel*, relata que un hábito ilustrado bastante común fue tener un cuaderno de extractos y citas, con espacio para hacer anotaciones y comentarios. Menciona a Francis Bacon, John Milton y John Locke, entre los escritores famosos que cultivaron esta práctica. Agrega que, en el siglo XVIII, William Drake, político inglés y lector voraz, llegó a decir que para obtener sabiduría “nada hay más efectivo que la lectura de apotegmas, proverbios, fábulas prudentes, y frases formuladas en distintos momentos de la historia” (2023:169). Agrega que lo que se recoge de uno u otro autor debe ser digerido y mezclado, de lo contrario jamás se hará propio.

Una tendencia reiterada. Arthur Schopenhauer escribió un libro que llamó *Aforismos sobre el arte de vivir* (1851), un verdadero compendio de filosofía práctica, que reúne doctrinas, consejos, recomendaciones y advertencias. Un texto, como otras de sus obras, que desafía el sentido común, y obliga a enfrentar molestas realidades. Schopenhauer no entiende el aforismo simplemente como una oración aguda, concisa y aislada, sino como expresión de ideas y, con toda propiedad, como una forma de pensar. Escribe, por ejemplo: “El mundo en el que habita cada individuo depende, en primera instancia, de la concepción que éste tenga de él, y se ajusta, en consecuencia, a las peculiaridades de cada cabeza: ese mundo podrá ser pobre, superficial y monótono, o rico, interesante y preñado de sentido” (2015: 37).

A su turno, Friedrich Nietzsche hablará de la paradoja de la literatura capaz de encarnar lo inmutable en el cambio. Un gigantesco elogio del aforismo. Precisamente, escribe en *Humano, demasiado humano*: “Una buena sentencia es demasiado dura para el diente del tiempo y ni todos los milenios la devoran, aunque sirve de alimento a todas las épocas” (aforismo 168). Un buen aforismo cruza el tiempo, escapa a las tendencias, y estará disponible cuantas veces sea necesario.

En este sentido, también se pueden mencionar las *Meditaciones* (2007) de Marco Aurelio, en el siglo II, y, con cierta licencia, los *Pensamientos* (2011) de Pascal, del siglo XVII. Reflexiones libres, inacabadas, sin demasiada revisión, pero capaces de despertar el pensamiento. Del primero, un fragmento de sabiduría cotidiana: “Si estás triste por algún factor exterior, no es él el que te perturba, sino el juicio que tienes acerca de él” (Libro VIII, 47). Del segundo, una frase que con delicadeza descubre lo que ya se sabe: “El corazón tiene razones que la razón no conoce. Se sabe esto de mil formas” (Sección III, 277).

Agreguemos, con la misma licencia, una referencia a Theodor W. Adorno y su *Mínima Moralía*. Reflexiones algo más extendidas, pero de enorme penetración intelectual. Pensador clave de la Escuela de Frankfurt asumía el aforismo sin atribuirle arrogancia alguna, dado que no aspira a sostenerse a sí mismo de manera excluyente, sino únicamente “marcar un punto de arranque”. Escribió más de un centenar de aforismos traspasados de fina crítica social. En uno de ellos rinde un homenaje a la filosofía: “La filosofía, tal como cabe responsabilizarla a la vista de la desesperación, vendría a ser la tentativa de considerar todas las cosas según se presentan desde el punto de

mira de la liberación” (aforismo 139).

Encontramos en el siglo XVIII al científico y escritor Georg Lichtenberg, hijo menor de diecisiete hermanos, profesor de la Universidad de Gotinga, que dejó unos provocativos aforismos llenos de ironía, agudeza y escepticismo de principio a fin. En ellos nunca se encuentran afirmaciones tajantes, categóricas, ni tampoco intentos omnicomprendidos; al contrario, sobre todo dudas, preguntas y críticas. Sus *Aforismos* (2024) fueron publicados en forma póstuma, y han circulado activamente hasta hoy en distintas ediciones y en varios idiomas. Fueron elogiados, y hasta citados, por pensadores como Schopenhauer, Nietzsche, Tolstoi, Freud, Bretón o Sabater. A Lichtenberg pertenece un aforismo que con justicia ha hecho fama: “El primer libro que habría que prohibir en el mundo sería un catálogo de los libros prohibidos”.

Hacia finales del siglo XIX, el escritor León Tolstoi comenzó a trabajar en un libro destinado a reunir una sabiduría proveniente de distintos autores y repartida a lo largo de distintas épocas. Con varias ediciones, sucesivamente ampliadas, el texto ofrece pensamientos breves, algunos propios, otros ajenos. Su objetivo es simple y ambicioso a la vez. Tolstoi se pregunta: “¿Qué puede ser más precioso que comunicarse a diario con los hombres más sabios del mundo?”. En algún momento tomó el título de *Calendario de sabiduría*, con sugerencias de lectura para cada día del año. Finalmente, en forma póstuma, se publicó en 1911 como *El camino de la vida*, con treinta y un capítulos temáticos, y una apreciable cantidad de aforismos. Para una lectura rápida, pero mantenida en el tiempo, su interés fue siempre acercar a todo público esas enseñanzas concisas y profundas, encerradas en pocas palabras.

También un escritor como Hermann Hesse mostró un gran aprecio por el aforismo. Una enorme cantidad de aforismos se encuentra en los dos tomos de *Lecturas para minutos* (1986), publicado a comienzos de los 70. Afirma en este texto: “El aforismo es algo así como una piedra preciosa, que adquiere valor por su rareza y solo causa placer en pequeñas dosis”. Su penetración intelectual es apreciable. Algunos ejemplos: “Cuando odiamos a una persona, odiamos en ella algo que está en nosotros. Lo que no está en nosotros no nos inmuta”; “Según mi experiencia, sólo se dejan llamar y agudizar aquellas conciencias que de todos modos ya están alerta”; “Lectura sin amor, ciencia sin respeto, formación sin corazón, es uno de los peores pecados contra el espíritu”; “Lo bello deriva parte de su encanto del carácter pasajero”; “El bando que dispone de los cañones nunca tiene la razón”; “La soledad es el camino por el cual el destino quiere conducir al hombre hacia sí mismo”; “Las tragedias no deben impedirse, pues no son desgracias, sino choques de mundos contrapuestos”; “Al madurar nos hacemos más jóvenes”; “Todo individuo debe alguna vez dar el paso que le aleja de su padre, de sus maestros; todo individuo debe experimentar algo de la dureza de la soledad, si bien la mayoría de las personas poseen poca capacidad de aguante y vuelven pronto al refugio”.

En contraste con su estilo habitual, Franz Kafka dejó más de un centenar de aforismos que nombró como “fragmentos de un todo”. Fueron escritos durante una corta estadía en un pueblito de Bohemia, y luego publicados en 1931 como *Aforismos de Zürau*. Son textos muy diversos en forma y extensión; algunos de ellos nada fáciles de interpretar. Aborda

cuestiones que limitan con temas filosóficos y teológicos, sobre verdad y mentira, el bien y el mal, el mundo espiritual y el mundo sensible. Este último, seguramente inalcanzable, pero propio de lo humano. Escribe: “A partir de un cierto punto ya no hay vuelta atrás. Ése es el punto que hay que alcanzar” (aforismo 5); “Como el camino en otoño: apenas queda bien barrido, se cubre otra vez con las hojas secas” (aforismo 15); “El ser humano no puede vivir sin una confianza permanente en algo indestructible en su interior, aunque tanto lo indestructible como la confianza pueden mantenerse ocultos para él de manera permanente. Una de las posibilidades de expresión de ese permanecer oculto es la fe en un Dios personal” (aforismo 50).

En 2016, el humanista italiano Nuccio Ordine publicó el libro *Clásicos para la vida* en donde se reúnen fragmentos escogidos de más de cuarenta obras clásicas: arte, filosofía, ciencia, literatura. La diversidad es enorme; incluye, por ejemplo, a Saint-Exupéry, Homero, Bruno, Yourcenar, Rilke, Maquiavelo, Calvino, Gracián, Mill y Einstein. Su propósito, puesto a prueba en sus clases año tras año, es abrir una experiencia de lectura libre, ajena a cualquier evaluación, un espacio para la curiosidad, el intercambio y el descubrimiento. Porque las grandes obras deberían leerse por placer, sin la coacción de un examen; como una oportunidad para entrar en los misterios del mundo y de la vida. Ordine escribe su libro inspirado en una alta valoración del aforismo y su potencial asociado a la construcción de una conciencia propia. También en la convicción de que la buena educación la hacen los buenos profesores.

Como es fácil de advertir, el aforismo tiene resonancias múltiples, pero, más todavía, inesperadas, y en último término imposibles de explorar en toda su extensión. ¿Qué decir, por ejemplo, del *Libro del desasosiego*? Con más de quinientos aforismos de distinta extensión (cuatrocientos ochenta y uno numerados, más otros agregados). Un texto oscuro, desencantado, con una prosa desgarrada, en donde Fernando Pessoa descubre un mundo interior poblado de tormentos. Escribe: “Pedí tan poco a la vida y ese mismo poco la vida me lo negó”; “Nunca amé a nadie”; “Cada uno de nosotros es una mota de polvo que el viento de la vida levanta, para después dejar caer”; “Nunca aprendí a existir”; “No sé sentir, no sé pensar, no sé querer”; “Camino, no por las calles, sino por mi dolor”; “Amigos, ninguno”.

Un testimonio conmovedor, sin duda, pero más que eso. Por de pronto, una expresión de lo que Nietzsche ya adelantó: escribimos con nuestra propia sangre. Pessoa toma la pluma para sostener su vida, para enfrentar sus pesares y sufrimientos, para contener sus heridas. Transforma sus tormentos en escritura, mira con distancia y con ello se adueña de sí mismo. De paso ofrece a otros un testimonio destinado a mostrar una parte de la existencia, que, en algún punto, probablemente sea familiar para ellos.

Aforistas y recopiladores

Resulta evidente que hay autores de aforismos y recopiladores; estos últimos en cierto modo coleccionistas e incluso inventores. Los primeros como los siete sabios, Gracián, Tolstoi o Lichtenberg. Ellos escribían directamente en aforismos, aunque no en toda ocasión ni para cualquier

propósito. El aforismo aparece como una forma de expresión y de exposición, un recurso, un modo de presentar un pensamiento. En suma, una forma de pensar.

Están también los recopiladores, que buscan incansablemente por aquí y por allá, y terminan ofreciendo al lector conjuntos con frecuencia valiosos de pensamientos breves, cargados de provocación y sugerencia. Los aforismos están por todas partes, y solo se requiere estar atento. Así lo hace Ordine, como antes Pedro Abelardo o Erasmo, por nombrar apenas unos pocos. En estos casos se toma una frase, un párrafo, un fragmento de escritura, de un universo mayor y se lo ofrece en una dimensión distinta a la que tenía en el original. En tal sentido, hay aquí una forma de invención; el aforismo aparece por la acción de un autor que se apropia de otro y lo proyecta. “El aforista sale a cazar ocurrencias y casi siempre vuelve con algo”, dice Hopenhayn (2024: 77).

Al respecto puede haber distintas valoraciones. Alguien podría juzgar que es ilegítimo, acaso abusivo o poco respetuoso; pero, ante todo, desde cierto ángulo, se abre otro escenario para las ideas y una nueva posibilidad de lectura. Un espacio para la formación intelectual que no estaba disponible, especialmente cuando unos aforismos se enfrentan con otros, se conectan o se reúnen precisamente porque fueron arrancados de su domino original.

A título de ejemplo, se lee en el *Eclesiastés*: “Cuanto mayor la sabiduría, mayores los problemas: mientras más se sabe, más se sufre” (*Eclesiastés* 1, 18). Esta frase no parece simplemente casual, dado que San Pablo la invoca con mucha seriedad: “Ya lo dijo la Escritura: Destruiré la sabiduría de los sabios y haré fracasar la pericia de los instruidos” (*Corintios* 1: 19). Estos aforismos nos sugieren que la ignorancia garantiza una cierta tranquilidad, o bien, en síntesis, que puede proveer de un refugio, de un espacio apacible. Para un lector inquieto, sin embargo, hay otra perspectiva en claro conflicto con la anterior. En el mundo griego, Esquilo señala otro camino: “Zeus puso a los mortales en el camino del saber, cuando estableció por ley que se adquiriera la sabiduría con el sufrimiento” (*Agamenón* 177-79).

O cuenta lo primero o cuenta lo segundo. Ambos enfoques no se concilian con facilidad. ¿De qué lado está el enfoque correcto? El lector podrá decidirlo. Desde un punto de vista formativo, en la medida en que importa el desarrollo del pensamiento, la propuesta de Esquilo nos muestra una posibilidad donde el esfuerzo tiene un lugar obligado. Nada se ofrece gratis si del conocimiento se trata. Ya lo sabía Hesíodo: “Delante de la virtud los dioses inmortales han puesto el sudor” (*Trabajos*, 289-290). En fin, tampoco está fuera de lugar considerar en forma figurada que la verdad siempre tiene un pie en el terreno contrario.

Hay modos de hacer recopilaciones, y ciertamente disponer aforismos uno tras otro no es la única. Otra posibilidad, tal como la encontramos en el filósofo francés Michel Onfray, consiste en comenzar cada libro, que en su caso se cuentan por decenas, con una frase de Nietzsche. Por ejemplo, en *Sabiduría*, el lector inicia su recorrido con esta frase: “Vale más estar en la periferia de lo que se eleva que en el centro de lo que se derrumba”; en *La fuerza de existir. Manifiesto hedonista* se lee de entrada: “Todo placer quiere eternidad”. Este

recurso es corriente en la literatura académica, aunque no exclusivo: Andrés Bello la utilizaba en sus artículos periodísticos.

Se puede todavía considerar que los aforismos surgen de manera imprevista, sin mediar intención, incluso en forma desgraciada. Por ejemplo, del sofista Protágoras de Abdera, contemporáneo de Sócrates, se conservan solo unos fragmentos, porque sus libros se extraviaron en el camino. Llegó a tener gran trascendencia filosófica, tanto que Platón en un acto de reconocimiento le dedica uno de sus diálogos, y lo menciona en otro. Dejó frases sobre las cuales se ha escrito bastante: “El hombre es la medida de todas las cosas”; “En todas las cosas hay dos razones contrarias entre sí”; o “La verdad es solamente aquello que se manifiesta ante la conciencia; nada es en y para sí, pues todo encierra simplemente una verdad relativa” (Solana Dueso, 2013).

De la poetisa Safo no se conserva ningún texto completo, solo unos versos dispersos. Mujer de una enorme estatura intelectual, poeta de la nostalgia y del deseo. Nacida en la isla de Lesbos, tal vez en fecha cercana a Hesíodo, dejó fragmentos de una poesía transgresora, muy adelantada para su época, reflejo de un fuerte sentido de la libertad y una valoración inusual de la subjetividad. Estos son algunos de ellos: “Madre, mi dulce madre, no puedo tejer más en el telar; me domina el deseo que me manda la esbelta Afrodita”; “Viniste e hiciste bien, porque yo te deseaba; me refrescaste cuando ardía de pasión”; “Lo más bello es lo que uno ama. Dicen que es una hueste de jinetes o una escuadra de infantes o una flota de navíos es lo más bello en la tierra; más yo digo que es la persona amada” (Safo, 2006).

Otro caso señero es el de Epicuro, ya en el periodo helenístico. Escribió muchos libros, pero todos se extraviaron, quedando apenas tres cartas y algunos escritos breves. De sus libros hay fragmentos dispersos que revelan a un pensador de especial profundidad. Algunos ejemplos: “La filosofía es una actividad que con discursos y razonamientos procura una vida feliz”; “Por mi parte no sé qué idea puedo hacerme del bien si suprimo los placeres del gusto, del amor, del oído y los suaves movimientos que de las formas exteriores recibe la vista”; “Lo justo según la naturaleza es un acuerdo de lo conveniente para no hacerse daño unos a otros ni sufrirlo” (García Gual y otros, 2013).

En estos términos, el mundo de las ideas es un espacio abierto y ninguna persona debiera ser sospechosa por apropiarse de un autor o un texto. Todos están invitados, y con legítima autoridad cualquiera puede participar. Los libros están para ser usados, claro está, a condición de aceptar las reglas de juego, sus límites y sus alcances; y reconocer los méritos de cada cual cuando corresponda y en el momento en que corresponda. Desde una perspectiva general, no es deseable ignorar lo que otros nos proponen, ni dejar de escuchar la sabiduría que está en el ambiente. Podemos pensar mejor conociendo lo que otros han pensado. En homenaje a la justicia, tal vez lo correcto sería decir que es obligatorio pensar a partir de lo que han pensado otros. El aforismo tiene, pues, un sentido formativo.

Más sobre la diversidad del aforismo

Existen otros modos de producir aforismos. En 1974 se edita póstumamente un libro que sólo tiene preguntas; casi cuatrocientas preguntas sin mediar introducción ni justificación. Con un dejo surrealista, pero en forma seria, y con una tremenda imaginación, Pablo Neruda nos asedia sostenidamente. Surgen una tras otra, distintas interrogantes, destinadas a remover y provocar. Algunas son extrañas, otras poéticas, unas incomprensibles, otras parecen dignas de atención.

El *Libro de las preguntas* (1990) propone: “Es verdad que las esperanzas deben regarse con rocío?”; “Es malo vivir sin infierno: no podemos reconstruirlo?”; “Cuántas semanas tiene un día y cuántos años tiene un mes?”; “A quién le puedo preguntar qué vine a hacer en este mundo?”; “No será nuestra vida un túnel entre dos vagas claridades?”; “Sufre más el que espera siempre que aquel que nunca esperó a nadie?”; “Donde termina el arco iris, en tu alma o en el horizonte?”; “Y cómo se llama ese mes que está entre diciembre y enero?”; “Y qué importancia tengo yo en el tribunal del olvido?”; “Cuál es el trabajo forzado de Hitler en el infierno?”; y “Si todos los ríos son dulces de dónde saca sal el mar?”; y “Y cómo saben las raíces que deben subir a la luz?”

Aquí el aforismo adopta la forma de una pregunta. ¿Por qué no? Acaso los aforismos, sin importar su paternidad y partida de nacimiento, no son exactamente eso. Desde luego, en particular, preguntas de implicación, problematizadoras, cuyo destino rara vez será el sosiego final. A veces molestas, inquietantes, inoportunas, estas pequeñas intrusas son esenciales en cualquier desarrollo intelectual. Puestas las cosas en una perspectiva amplia, son ellas las responsables de la filosofía, la ciencia, el arte, la literatura, la religión. No es poco. Nuestro conocimiento depende del preguntar, así como nuestro desarrollo personal. Esto se ha dicho de muchas maneras: en la larga tradición de la filosofía, también en la ciencia, investigar, comprender, depende ante todo de ampliar la mirada, indicar los vacíos, correr los límites, enfrentar los misterios. De este modo comienza todo saber, incluido el autoconocimiento.

Si esto es así, el aforismo puede tener también otros ropajes. Manteniendo su brevedad, cuestión obligada, y sin llegar a parecerse al discurso, podría tomar también la forma de un poema o un microcuento. Veamos.

Dos breves poemas de Constantino Kavafis son ejemplos dignos de consideración. En el primer caso, el poema *Murallas*, es una pieza inmejorable para abrir un comentario sobre los bloqueos personales, el cierre de la experiencia y la falta de autoconocimiento: “Sin consideración, sin piedad, sin recato, grandes y altas murallas en torno mío construyeron. Y ahora estoy aquí y me desespero. Otra cosa no pienso: mi espíritu devora este destino; porque afuera muchas cosas tenía yo que hacer. Ah, cuando los muros construían cómo no estuve atento. Pero nunca escuché ruido ni rumor de constructores. Imperceptiblemente fuera del mundo me encerraron”. O este otro titulado *Las ventanas*: “En estas oscuras piezas, donde paso días agobiantes, voy y vuelvo arriba abajo, para hallar las ventanas. Cuando se abra una ventana, habrá un consuelo. Mas las ventanas no están o no puedo encontrarlas. Y mejor quizás

que no las halle. Acaso la luz sea un nuevo tormento. Quién sabe qué cosas nuevas mostrará” (Castillo Didier, 2003).

Y cómo olvidar los *Artefactos* (1972) de Nicanor Parra. Doscientas cuarenta y dos tarjetas postales ubicadas cómodamente en una caja (como algunos códigos en la infancia del libro), plenas de ironía e insolencia. Brevedad, libertad, autodeterminación, transgresión: “BIEN y ahora quién nos liberará de nuestros liberadores”; “Inmune a la argumentación lógica vacunado contra toda forma de religión”; “MENOS MAL que tenemos citroneta. Menos mal que no estamos enfermos de cáncer. Menos mal que todavía se nos para la diuca”; “Para que unos pocos coman bien ¿es preciso que muchos coman mal?”; “Con el Papa ni-a-mi-sa”; “A nosotros nos importa una hueva que la catedral sea de madera de ladrillo o de piedra la cuestión es que el señor esté dentro”; “Estudiantes de humanidades en vez de escribir palabrotas en los muros de las letrinas (pico-chucha) escriban dios escriban virgen santísima”; “Hombre nuevo hambre nueva”.

Si de microcuentos se trata, *El Gato del Gurú* de Anthony de Melo, es un notable ejemplo para observar las inercias sociales y las ritualidades vacías de contenido: “Cuando, cada tarde, se sentaba el gurú para las prácticas del culto, siempre andaba por allí el gato del ashram distrayendo a los fieles. De manera que ordenó el gurú que ataran al gato durante el culto de la tarde. Mucho después de haber muerto el gurú, seguían atando al gato durante el referido culto. Y cuando el gato murió, llevaron otro gato al ashram para poder atarlo durante el culto vespertino. Siglos más tarde, los discípulos del gurú escribieron doctos tratados acerca del importante papel que desempeña el gato en la realización del culto como es debido” (1992).

Finalmente, *El adivino*, esa magnífica creación de Jorge Luis Borges, que encierra en dos líneas un mundo interminable de ironía, significados inesperados, trampas retóricas y callejones sin salida. Todo un desafío para el pensamiento crítico: “En Sumatra alguien quiere doctorarse de adivino. El brujo adivinador le pregunta si será reprobado o si pasará. El candidato responde que será reprobado” (Epple, 1990).

El largo anhelo de la formación

Tomar una parte discreta por el todo, es una práctica intelectual habitual, aunque no siempre es recomendable. Facilita el análisis y produce interpretaciones rápidas, pero termina simplificando y deformando. El reduccionismo es un recurso a la mano que tiene la virtud de la comodidad y el ahorro de tiempo, pero al precio de ocultar las relaciones, los contextos e imposibilitar la profundidad. Si esto es así, podemos considerar que la brevedad del aforismo contiene, por su propia naturaleza, alguna forma de reducción, incluso un cierto carácter sinecdótico. Esto ocurre especialmente cuando el aforismo se toma en forma aislada, cuando se reduce a una realidad cerrada, una mónada, a un texto petrificado.

El sentido formativo del aforismo se cumple sólo en presencia de un lector activo, (el “cazador furtivo”, según el acierto de Chartier), que toma lo que se ofrece y lo extiende; un lector que conecta, sitúa, pondera, construye,

genera contextos, encuentra significados ocultos. Como una paráfrasis a Paul Ricoeur, no hay exceso en decir que el aforismo da que pensar. Esa es la clave. Siempre una oportunidad para pensar y repensar, una invitación a imaginar, crear y recrear.

Del aforismo podemos esperar brevedad (no es preciso enfatizarlo), pero será realista esperar igualmente claridad. ¿Podemos suponer que la brevedad garantiza un acceso sin obstáculos? ¿Lo breve se conecta sin más con lo nítido, lo diáfano, sin otra dificultad que la complejidad propia del asunto? Desde luego eso no ocurre, y no es seguro que fuera deseable; no existe una relación de necesidad entre brevedad y claridad, si ésta significa que el lenguaje debe ser suficientemente llano, y con la virtud de garantizar la accesibilidad y la comprensión. El poeta Horacio (Quinto Horacio Flaco) nacido en Venosa, Italia en el siglo I aC, se lamentaba porque sus esfuerzos no siempre eran recompensados: “Trabajo para ser breve y me hago oscuro”.

De este modo, ciertamente sin pretensión, los aforismos, en general dispuestos para una lectura discontinua, representan un concentrado de sabiduría, visiones múltiples, destinadas a facilitar una confrontación con uno mismo y un auto aprendizaje. Con seguridad no para reemplazar una necesaria dieta intelectual, pero sí para una degustación, deleite y condimento; y todavía como un momento formativo.

Según advierte Erasmo, no es adecuado usarlos con demasiada insistencia: nada de saturar el ambiente o trivializar su presencia. Mucho mejor es el aforismo en el plano de lo excepcional, con un sentido de sorpresa, un discreto impacto, un dejo de novedad: “No se puede ser selecto cuando se persigue la cantidad”. El placer en pequeñas dosis, del que hablaba Hermann Hesse. Aristóteles advierte en su *Retórica* que el uso abusivo de ciertas figuras del pensamiento deviene en un resultado indeseable: sostiene que cuando se emplean figuras repetidas, largas o exageradas, inoportunas y obvias, estas “ya no sirven para sazonar, sino para engordar” (III, 3, 1406a, 20).

Con todo, ¿podemos atribuir al aforismo un carácter formativo? Es posible. Sin llegar a la hipérbole, pretendiendo que se puede resolver un complejo problema con la cómoda práctica de leer, saborear y discutir aforismos.

Byung-Chul Han, en su reciente libro *Sobre Dios*, a propósito de Simone Weil y en su homenaje, escribe: “La percepción se ha vuelto voraz. Carece de toda dimensión contemplativa” (2025: 13). ¿Alguna vez la contemplación fue el rasgo saliente del pensamiento? Es probable que jamás lo haya sido, aun cuando sabemos con certeza que para Aristóteles fue el nivel más alto del conocimiento. Un saber ajeno al interés productivo, distante de una racionalidad instrumental, estrictamente orientada a la acción. Al contrario, un saber en este caso cercano al desinterés, y asociado al mismo sujeto, a la filosofía y la ciencia.

Concepciones como estas han llevado a poner en universos de significado distintos al estudio, en contraste con la enseñanza y el aprendizaje. El núcleo de la educación sería el estudio, ligado a la formación del sujeto y relativo a una conexión con el mundo más amplia, atenta, cuidadosa y profunda. Distinto del aprendizaje, más situado y orientado a la adquisición

de conocimientos o competencias (Bárcena y otros, 2020: 69).

Contemporáneamente, desde Martín Heidegger y los autores de la Escuela de Frankfurt, hasta Nuccio Ordine y Byung-Chul Han, la presencia arrasadora del pensamiento instrumental, y la falta de contemplación y de reflexión, aparece como una cuestión preocupante y de resonancias lamentables. Así, en primer lugar, cuando el aforismo consigue contener el flujo del cálculo y del mero rendimiento, y se enriela al menos por un instante por el camino del sentido, de los vínculos fundamentales, podemos hablar de una dimensión formativa.

La *paideia* griega fue un proyecto mayor, ubicada distante de la simple instrucción, pero conteniéndola. Su objetivo, de acuerdo con el clásico *Paideia: los ideales de la cultura griega* (1967), de Werner Jaeger, aspiraba a la educación del hombre de acuerdo con su verdadera forma humana, a su auténtico ser. La formación de sujetos según su propia esencia y la forma de la misma comunidad. Palabras ambiciosas, sin duda, pero algo que todavía podemos retener en sus líneas gruesas: desarrollo de una subjetividad armoniosa ligada a la vida en comunidad. Semejante al gran proyecto humanista, cuya expresión en términos muy acotados, apunta especialmente a abordar y profundizar la autoconciencia en los seres humanos, tanto en forma individual como social, con el fin de posibilitar una acción con sentido.

No es atrevido suponer que el aforismo pueda, de una forma directa, acaso solo fugazmente, necesariamente incompleta, conmover al sujeto; y enfrentarlo consigo mismo y sus opciones existenciales. Haciendo que pueda ampliar sus posibilidades y de algún modo aclarar sus elecciones de vida. El aforismo nunca es definitivo, ni lo es la formación.

Todo esto es urgente, sin embargo, depende de las preferencias que estén en juego. Toda la existencia puede ocurrir evitando la filosofía, por ejemplo. Del mismo modo que la vida puede pasar sin arte, sin música, sin literatura; y en el extremo sin amistad y sin amor. Puede ocurrir, pero no parece deseable. Una práctica reflexiva exige la constitución de una individualidad, como afirmaba Jorge Millas: sólo así es posible un pensamiento racional que a su vez sea responsable (2009). Más todavía, una individualidad protegida de sus límites y amenazas. La sabiduría, al menos en un sentido elemental, se consigue esquivando las nimiedades que nos asedian, y poniendo la energía en el modelado de uno mismo.

Como es evidente, la cuestión formativa se inscribe en un escenario de complejidad amplio, y acaso insondable. El aforismo puede ser una vía de acceso. No es probable que mucho más que eso.

Sólo para establecer una medida. En 1843, un 17 de septiembre, Andrés Bello lee el discurso que pone en marcha la Universidad de Chile. Una pieza retórica del mejor nivel, y un acto performativo de especial trascendencia. En este texto se encuentran una frase apenas recordada. Extrañamente, porque encierra una sabiduría poco habitual, y nos da pistas sobre la dificultad de esta tarea formativa: “Los buenos maestros, los buenos libros, la buena dirección de la enseñanza son necesariamente la obra de una cultura intelectual muy adelantada” (2015: 28). Es una cultura filosófica, científica y literaria amplia, la fuente donde la instrucción elemental debe asentarse, donde puede

realmente nutrirse.

La perspicacia de Bello es llamativa. No se trata del simple esfuerzo individual, ni de la voluntad que cada cual puede a su modo agregar. No es únicamente un proyecto que se resuelva bajo la fuerza de una intencionalidad. Es preciso construir un ambiente, en el cual por su propia condición deberán ocurrir otras consecuencias. Marshall McLuhan afirma que “el medio es el mensaje”, de modo que el hombre como un conjunto se reacomoda y se orienta conforme a las condiciones impuestas por un nuevo ambiente (1969, 1971). No hay neutralidad en el medio, no se trata de un simple pasaje, sino de la ocasión para que se expresen dimensiones de la sensibilidad, la conducta y la interacción que, de otro modo, estarán ausentes.

La tarea formativa tiene una íntima relación con una disposición personal, un compromiso, y una forma de comprensión; pero no se resuelve enteramente de ese modo. Forzosamente exige la participación de sujetos en una trama, una red, que sostenga y proyecte ese empeño.

Referencias

- ADORNO, T. (1975). *Mínima Moralia*. Monte Ávila.
- ARISTÓTELES (2007). *Retórica*. Gredos.
- BÁRCENA, F. y otros (2020). *Elogio del estudio*. Miño y Dávila.
- BELLO, A. (2015). *Todas las verdades se topan*. Ediciones UV.
- BIERCE, A. (2021). *Diccionario del Diablo*. Alianza.
- BONAPARTE, N. (2022). *Máximas y sentencias*. Eneida.
- CASTILLO DIDIER, M. (2003). *Kavafis integro*. Quid.
- CHARTIER, R. (2007). *El orden de los libros*. Ediciones UACH.
- CIORAN, E. M. (2006). *El ocaso del pensamiento*. Tusquets.
- CONFUCIO (2014). *Analectas*. Kailas.
- ___ (1997). *Aforismos. La virtud de saber dirigir*. Temas de Hoy.
- DARNTON, R. (2023). *Un himno al papel*. Ediciones UACH.
- DE MELLO, A. (1992). *El canto del pájaro*. Sal Terrae.
- ERASMO DE ROTTERDAM (2008). *Adagios de poder y de la guerra y Teoría del adagio*. Alianza.
- EPPLE, J. (1990). *Antología del micro-cuento hispanoamericano*. Mosquito.
- GARCÍA GUAL, C. (1989). *Los siete sabios (y tres más)*. Alianza.
- GARCÍA GUAL, C.; Lledó, E.; y P. Hadot (2013). *Epicuro*. Errata Naturae.
- GARRIDO, M. (2009). *Diccionario español de términos literarios internacionales*. CABA.
- GRACIÁN, B. (2023). *El arte de la prudencia*. Edaf.

- HAN, B-Ch. (2025). *Sobre Dios*. Paidós.
- ____ (2023). *Vida contemplativa*. Taurus.
- HEIDEGGER, M. (1988). *Serenidad*. Del Serval.
- HESSE, H. (1986). *Lecturas para minutos (Dos tomos)*. Alianza.
- HESÍODO (2003). *Teogonía. Trabajos y días*. Alianza.
- HOPENHAYN, M. (2024). *Flaquear a gusto. Aforismos*. Ediciones UACH.
- ____ (2020). *Multitudes personales. Ensayos, crónicas, aforismos*. UDP.
- ____ (2013). *Atajos para no llegar*. Tajamar.
- JAEGGER, W. (1967). *Paideia: los ideales de la cultura griega*. FCE.
- KAFKA, F. (2024). *Tú eres la tarea. Aforismos*. Acantilado.
- LALANDE, A. (1966). *Diccionario técnico y crítico de la filosofía*. Ateneo.
- LICHTENBERG, G. (2024). *Aforismos*. FCE.
- LLANOS, E. (2009). "Análisis pragmático integral de un microcuento de Borges". *Revista Estudios Filológicos*, 44. Universidad Austral de Chile.
- LÓPEZ, R. (2023). *Brevedades creativas sobre creatividad*. Nass Papier.
- LÓPEZ, R. y Saavedra, M. (2020). "Fragmentos para pensar una formación humanista". *Revista Chilena de Semiótica*, vol.14.
- McLUHAN, M. (1971). *La comprensión de los medios*. Diana.
- McLUHAN, M. y Fiore, Q. (1969). *El medio es el mensaje*. Paidós.
- MARCO AURELIO (2007). *Meditaciones*. Alianza.
- MILLAS, J. (2009). *Idea de individualidad*. UDP.
- MONTAIGNE, M. de (2008). *Ensayos*. Ediciones el Olivo.
- NERUDA, P. (1990). *Libro de las preguntas. Obra Póstuma*. Planeta.
- NIETZSCHE, F. (2015). *Aurora*. Biblioteca Nueva.
- ____ (1996). *Humano, demasiado humano*. Akal.
- OLSON, D. (1999). *El mundo sobre papel*. Gedisa.
- ONFRAY, M. (2021). *Sabiduría. Saber vivir el pie del volcán*. Paidós.
- ____ (2006). *La fuerza de existir. Manifiesto hedonista*. Anagrama.
- ORDINE, N. (2017). *Clásicos para la vida*. Acantilado.
- OTERO, E. (2018). *Citas de filosofía, ciencia y pensamiento crítico*. UDD.
- PARRA, N. (1972). *Artefactos*. Nueva Universidad.
- PASCAL (2011). *Pensamientos*. Alianza.
- PESSOA, F. (2020). *Libro del desasosiego*. Acantilado.
- RIVANO, E. (2012). *El aforista*. Satori.
- RUZ, J. y Sanhueza, G. (1997). *Universidad y formación*. Universidad Educare.

- SABATER, F. (1995). *Idea de Nietzsche*. Ariel.
- SÁBATO, E. (1969). *Uno y el universo*. Sudamericana.
- SAFO, Poetas Arcaicos (2006). *Lírica*. Gredos.
- SCHOPENHAUER, A. (2015). *Aforismos sobre el arte de vivir*. Alianza.
- SOLANA DUESO, J. (2013). *Sofistas. Testimonios y fragmentos*. Alianza.
- TOLSTOI, L. (2025). *Aforismos*. FCE.
- ____ (1998). *Calendario de sabiduría*. Martínez Roca.
- WITTGENSTEIN, L. (2022). *Sobre la certeza*. Gedisa.
- ____ (2017). *Tractatus logico-philosophicus. Investigaciones filosóficas*. Gredos.